



## CAPÍTULO VIII.

### UNA FIESTA POPULAR.

**S**i queréis medir con exactitud el verdadero progreso humano de nuestros días comparado con el progreso de la antigüedad, tomad este punto de partida : Moisés, gran legislador del pueblo hebreo y del mundo entero; Licurgo y Solon, legisladores de Grecia; Numa Pompilio primero, y mucho después Justiniano, legisladores de Roma; D. Alfonso el Sabio, legislador de España; los Concilios fueron á la vez legisladores de la Iglesia y de los pueblos. Pues bien; legislador es hoy cualquiera.

La cualidad de legislador no es hoy una aptitud, es un derecho; para ser legislador basta ser ciudadano. Como quiera que las leyes se

hacen para los pueblos, hemos sacado por consecuencia que los pueblos deben ser sus propios legisladores. Ahora bien : aquí tenéis un hombre oscuro; su nombre no lo habéis oído pronunciar todavía en ninguna parte; os es permitido dudar si la cédula de vecindad que presenta es auténtica. ¿Suficiencia? Se desconoce. ¿Virtudes? Se ignoran. ¿Méritos? Ninguno. ¿Títulos? Cero. ¿Qué representa? Nada. ¿Es contribuyente? Ni eso. He ahí un legislador. Y no así como se quiera, sino un legislador inviolable en el ejercicio de sus funciones legislativas.

El rincón de la tierra teatro de las escenas que vamos refiriendo, se hallaba conmovido; y á pesar de que el semblante de las gentes que se dirigían apresuradas á la Plaza de la Villa no mostraba el mayor regocijo, otras señales dejaban entender que el motivo de la agitación pertenecía al orden de los sucesos faustos.

Por de pronto los tres balcones del caserón del Ayuntamiento aparecían engalanados con colgaduras de percalina amarilla y encarnada. Aunque no correctos, iguales y graciosos, arcos vestidos de follaje decoraban la plaza; el sacristán batallaba desde el amanecer con una legión de muchachos que se habían encaramado en la torre de la iglesia, noticiosos de que se iban á echar las campanas á vuelo. Delante del gran portalón

de la casa municipal esperaba una galera inmensa con toldo de lona, enganchada á dos mulas enormes que, so pretexto de las moscas, coceaban y cabeceaban luciendo quitapones encarnados, y haciendo sonar las campanillas de los ruidosos collares; el mulero, vestido de gala, con su chaleco de percal con más ramos que el último domingo de Cuaresma, abrochado con botones de plata gordos como nueces, con su faja de estambre de color de sangre de toro, sentado en el pescante bajo la sombra de la extensa ala de su sombrero de copa cónica, con las ramaleras en una mano, el látigo en la otra y el cigarro en la boca, hablaba tranquilamente con las mulas, lo mismo que pudiera hablar con su familia; y es el caso que las mulas lo entendían á media palabra,

En un rincón de la plaza se organizaba la música, alma de toda fiesta, voz de todo regocijo. Un licenciado del ejército que había sido requinto de regimiento llevaba la voz cantante por medio de un clarinete de acentos desgarradores, á los que añadía el organista de la parroquia las notas dulces de la trompa, como quien echa azúcar en vinagre; cuatro instrumentos más, de latón, que no entraban nunca á tiempo, entre los que sobresalía la voz siempre intempestiva del cornetín, formaban el total de la

banda. En el ángulo opuesto la pólvora alternaba con la música, y de vez en cuando salía bufando un cohete rabioso, que iba á estallar en las nubes, después de dejar en el aire rastros de humo; todos los ojos seguían el curso del cohete en el espacio, y todas las bocas quedaban abiertas al estallar el trueno.

Á la vez la multitud corría, atropellándose en las calles que desembocaban en la plaza; las mujeres con sus pañuelos á la cabeza de extraños dibujos y vivos colores, llevando muchas de ellas las crías en brazos; los hombres en mangas de camisa, envueltos en sus fajas; los muchachos unos medio vestidos, otros menos vestidos todavía, muchos sin nada á la cabeza, bastantes descalzos. Desde la plaza, donde la gente formaba remanso, salía una corriente que se dirigía por la *calle Larga* hasta detenerse en las últimas casas donde comenzaba el camino que conducía á la capital. Los vendedores ambulantes de rosquillas, almendras, avellanas y naranjas iban y venían, pregonando entre la concurrencia á grito pelado lo exquisito de sus mercancías, como en los días de gran fiesta.

Á todo esto el Ayuntamiento se hallaba reunido en la sala consistorial, de la que habían desaparecido la mesa presidencial y los cuatro bancos en que tenían asiento los miembros de

la corporación, para dejar espacio á otra mesa larga, cubierta con un mantel y adornada con variedad de frutas y de flores. El Alcalde era todo actividad; nunca su levita tradicional había faldoneado tanto como aquel día; sus zapatos de becerro blanco no podían estarse quietos ni un instante; el hongo de color de tierra que cubría su cabeza se multiplicaba; en una palabra: el bastón de la autoridad estaba á la vez en todas partes. Los demás individuos del Municipio esperaban en la sala de sesiones, unos vestidos con sus trajes de labradores, y otros con sus trajes de artesanos.

Entre los primeros se hacía notar el Síndico, hombre de cuarenta años, fornido, cejijunto, de expresión dura, de mirada fija y serena, frente estrecha y cabeza voluminosa. Había corrido mucho mundo, trayendo algunos cuartos ahorrados, de cuyas resultas era propietario de una viña, á media legua del pueblo, camino de la sierra, viña en la que construyó su pequeña casa con buen hogar y buena cuadra, donde vivía sólo, sin más compañía que la de un mastín rojo y formidable y la de una escopeta fina y segura que tenía siempre junto á la cama. Porque, ¡ya se ve!, se ayudaba á vivir con la caza, y todo era necesario para guardar la viña. Nunca quiso casarse; la gente del pueblo le llamaba

el *Ermitaño*. En honor de la verdad, el aspecto de su persona y la dureza de su fisonomía no lo recomendaban; pero su vida era ejemplar, é intachables sus costumbres: jamás bebía, y nunca se le vió en la taberna. Él sólo se bastaba para cultivar su viña, y solía pasar días enteros en la sierra, detrás de las perdices. Este era el *Sindico*.

De repente el alguacil del Ayuntamiento, con el sombrero echado atrás, la respiración anhelosa y cubierto de polvo, entró en la sala de sesiones, gritando :

—¡El coche! ¡El coche!

Al mismo tiempo sonó en la torre la señal de un repique general de campanas, un cohete más rabioso que los anteriores bramó en el aire y estalló en las nubes, el clarinete del licenciado exhaló tres notas preventivas, y la banda prorumpió desaforadamente en el himno de Riego.

¡Era natural!: en aquel país de tierras abrasadas por la sequía, el himno de Riego debía ser un himno de esperanza.

—¡Ea! (dijo el Alcalde): no hay tiempo que perder; el coche se ha adelantado media hora. Vamos, hay que cogerle en el camino antes de que llegue.

El Ayuntamiento en masa, dirigido por el Alcalde, bajó la ancha escalera de las Casas Con-

sistoriales, y uno á uno los individuos de la municipalidad fueron tomando asiento en la galera; el alguacil se acomodó como pudo en el estribo, y las mulas partieron, permítaseme decirlo así, al gran trote; recorrieron como en triunfo la calle Larga, y orgullosas de arrastrar en su carrera á todo un municipio constitucional, subieron á escape la primera cuesta del camino.

¿Qué ocurría? ¿Qué fausto suceso alteraba la tranquilidad habitual del pueblo? No se sacaba en limpio gran cosa de las conversaciones de las gentes que esperaban en la plaza el momento supremo de la fiesta. Aquí se decía: «Ya está ahí.» Más allá: «Ahora llega.» Más lejos: «Va de paso.» Más cerca: «Viene de prisa.» Algunos que llegaban á todo correr del último ventorrillo de la carretera, añadían varios pormenores. «Es alto,» (decían). «Es joven.» «Trae á la cintura una cadena de oro muy grande.» «Lleva en la mano un anillo que relumbra lo mismo que un lucero.» No pasaban de aquí las averiguaciones hechas. Indudablemente se trataba de una persona, y de una persona nunca vista ni oída en el pueblo, cuyo nombre debía ser completamente ignorado, en atención á que nadie lo pronunciaba.

En medio de los murmullos con que se agitaba la impaciencia de la expectación pública, se oyeron retumbar las pesadas ruedas de la gale-

ra, se oyó crujir el chasquido del látigo, y se percibió distintamente el retintín de las campanillas. Poco después las mulas desaladas penetraron en la plaza: hábilmente dirigidas, dieron una vuelta majestuosa, yendo á detenerse delante de la puerta de la casa municipal como puestas con la mano. La multitud se arremolinó en el acto alrededor de la galera, y el Ayuntamiento comenzó á apearse. Uno á uno fueron saliendo los individuos que lo componían, y como en procesión fueron entrando, digámoslo así, en el vestíbulo del *Hôtel de Ville*, colocándose en dos filas al pie de la escalera.

Detrás del Ayuntamiento se apeó un nuevo personaje, y en él se fijaron todas las miradas. «Ese, ese es,» se decían unos á otros, y muchas manos lo señalaban con el dedo: él, por su parte, saltó graciosamente desde el estribo, saludando con afable sonrisa, mientras el Alcalde echaba á su vez pie á tierra, ayudado por el alguacil, al que le guiñó el ojo confidencialmente; éste, que era además pregonero de la villa, se adelantó hasta la mitad de la plaza, y lanzando al aire el sombrero, gritó con toda la fuerza de sus ejercitados pulmones:

—¡Viva nuestro *Diputao!*

La respuesta á esta aclamación no pudo oírse, porque en el acto mismo prorumpieron las

campanas en un repique desesperado, bramó la música en el rincón de la plaza, y silbó un ramillete de cohetes que se elevó sobre las cabezas de la muchedumbre, abriéndose en el aire como una palmera al estallar en entusiastas detonaciones.

Cuatro compadres apoyados en sus largas varas de fresno, comentaban el suceso con estas palabras.

Uno decía:

—¡Es el *Diputao!*....

—Eso dicen que es,—contestaba otro.

El tercero arqueó las cejas diciendo:

—Es pájaro de cuenta.... ¡Tiene mucha mano!

—¡Que si tiene! (exclamó el cuarto.) ¡Vaya si tiene mano! (Y señalando con dos dedos el negro de una uña, añadió): No le falta más que tanto así para ser Rey.

De pronto apareció el Alcalde en el balcón del Ayuntamiento con semblante á la vez serio y risueño, serio porque así convenía á la dignidad del cargo, risueño porque así lo exigía la solemnidad del regocijo. Agitó los brazos imponiendo silencio, y luego que lo obtuvo, apoyó el estómago sobre el pasamano de hierro, y echando, por decirlo así, el cuerpo fuera, con la voz de los grandes momentos, habló de esta manera:

—Conciudadanos....

Las apiñadas caras de la multitud se miraron unas á otras, porque aquellas gentes sencillas jamás se habían oído llamar con semejante nombre.

—Conciudadanos... (siguió diciendo.) Ha llegado el día....

Aquí se detuvo para echar un vistazo sobre la cuartilla de papel que tenía en la mano; pero el enemigo encargado de oscurecer la gloria de los alcaldes hizo que una ráfaga de viento se llevara la cuartilla de papel, haciéndola volar sobre las cabezas del auditorio.

—Conciudadanos (volvió á repetir). Ha llegado el día de que todos os deis con un canto en el pecho, porque.... quieras que no quieras, gracias á vuestro Ayuntamiento que no se duerme en las pajas, el Diputado que hemos elegido está entre vosotros.... No lo conocéis.... nosotros tampoco lo conocíamos; pero no hay más que echarle la vista encima para decir que es un hombre cumplido. Conciudadanos: se acabó eso de andar con la lengua por el suelo á causa de las sequías.... Tendréis agua, agua hasta la pared de enfrente.... Sí, vais á estar con el agua al cuello. Bajará por la sierra como Pedro por su casa.... Tendréis carretera por la mitad del pueblo, puente en la rambla y un ca-

nal.... ¿Sabéis lo que es un canal? ¿Sabéis lo que son canales? Son conductos de agua con los que se riega á toca teja.... Son los tesoros del mundo, los tesoros.... de un tal.... Creso.... de que hablan las historias antiguas. Eso os promete nuestro digno Diputado, y lo cumplirá, porque tiene agallas para cumplirlo, y donde él habla, firma el Rey.... Esperad, que aún me queda otra: En la taberna de la *Manca* y en el ventorrillo del *Tuerto* tenéis cuenta abierta; podéis beber á cuartillo por barba. Nuestro Diputado paga, y vuestro Alcalde os recomienda la mayor alegría. Conciudadanos: no confundáis la libertad con las contribuciones. La patria es la patria, y hay que soltar la mosca. Vuestra primera autoridad hará la vista gorda á muchas cosas, pero será inexorable con los remolones. —¡Conciudadanos.... vivan las libertades públicas!.... ¡Viva nuestro Diputado!....

El estrépito de las campanas, los mugidos de la música y el bufar de los cohetes, ahogaron otra vez las aclamaciones del entusiasmo popular. Solamente *Chucho*, que se hallaba en primera fila, consiguió dominar el tumulto, dejando oír un aullido auténtico, que hizo ladrar á todos los perros de las cercanías.

Después del alcalde apareció en el balcón el Diputado. Lo hemos visto muy á la ligera, y no

faltará algún lector que quiera conocerlo más despacio, porque la curiosidad es siempre impaciente. Vamos á examinarlo un momento.

Por de pronto, resulta del total de su persona que es menos joven de lo que debiera ser, pues si bien se descubren fácilmente los treinta años de su vida, se advierte á la vez que el culto de los placeres le ha anticipado á buena cuenta diez años más. El esmero de su vestido demuestra que el principal pensamiento que le domina es él mismo, y la exageración de la moda en todos los pormenores de su traje dice bien claramente que es un hombre que vive al día. Sí puede observarse cierta elegancia en su persona; pero lo que más le distingue es esa soltura de modales particulares que facilita la educación que se recibe en los casinos.

Ya sabemos que es alto, y debemos añadir que es flexible: el pantalón gris oscuro cae admirablemente diseñando los contornos de la pierna ágil, derecha y nerviosa; no oculta el chaleco del mismo color y de la misma tela, que es hombre de pecho ancho, y la cazadora correspondiente se encarga por su parte de marcar la rectitud de la espalda y lo bien puesto de los hombros. Una desproporción se nota, que consiste en que los brazos son demasiado largos, y el mismo exceso se advierte en los de-

dos de sus manos blancas, bien cuidadas, pero huesudas. Está á punto de ser rubio: pero se ha detenido en un castaño claro, que no sienta mal á su semblante naturalmente pálido. Mira con ojos grandes de pupila cenicienta, ojos algo adormecidos, algo apagados, en los que brillan alguna vez relámpagos de audacia. La nariz es vulgar, la boca movable, astuta, la sonrisa burlesca, la barba fina. Si se lee atentamente en su fisonomía, se encontrarán más señales de malicia que de inteligencia. Posee un repertorio escogido de cuentos sumamente verdes, con lo que ha empujado á hacer las delicias del Ayuntamiento. En los salones de la buena sociedad sería un joven simpático, entre las gentes de los cafés un hombre de mundo, en las salas consistoriales en que lo encontramos es un oráculo.

Su sola presencia en el balcón impuso silencio, y sin abandonar la burlesca sonrisa que constituía el estado habitual de su boca, dijo con soberano desparpajo:

—¡Electores! Poco tengo que añadir al elocuente discurso que acaba de pronunciar en el día de hoy y en este mismo sitio el insigne alcalde de este pueblo ilustre. Me habéis elegido, me habéis elevado con vuestros sufragios á la alta esfera de representante del pueblo, y yo os declaro, en medio del entusiasmo popular que

me rodea, yo os prometo, yo os juro que desde hoy vuestros intereses me pertenecen. Habéis puesto en mis manos vuestra riqueza, vuestra prosperidad.... ¿qué menos puedo hacer yo que tomarlas como cosa mía? Yo levantaré en el seno del Parlamento la voz de vuestros derechos, y desde Ceuta al Pirineo, desde las playas del Mediterráneo á las costas del mar Cantábrico, el mundo os hará justicia. ¡Electores!: estad seguros de que nunca os pagaré lo que os debo. Al encontrarme entre vosotros, me parece que estoy en mi casa....: ya os conozco. ¿Llegaréis vosotros á conocerme?.... Desde este balcón monumental, tribuna del pueblo y baluarte de las libertades patrias, yo os reconozco, yo os admiro, yo os saludo, yo os abrazo. ¡Electores! ¡Vivan las elecciones populares! ¡Viva el Ayuntamiento!

Esta vez las aclamaciones del auditorio se anticiparon á la música, á los cohetes y á las campanas, y el orador, rodeado de la corporación municipal, abandonó el balcón entre los plácemes de los concejales. En honor de la verdad, el Diputado celebraba ingenuamente su triunfo, pues recibía las manifestaciones del entusiasmo público, no con la burla de su constante sonrisa, sino con el abandono de las más francas carcajadas.

Á nadie sorprendía la impasibilidad del Síndico ante la animación entusiasta de los circunstantes, porque ya se sabía que el *Ermitaño* era hombre de muy pocos cumplimientos; y no obstante, una observación fina y atenta habría podido advertir que las miradas del Diputado y del Síndico solían cruzarse, no se sabe si impulsadas por mutua curiosidad ó movidas por mutua inteligencia.

Inmediatamente después de los discursos se dió principio al banquete; el héroe de la fiesta ocupó el sitio principal de la mesa, y después de haber hecho por la patria empezaron á hacer por la vida.

El Ayuntamiento se había propuesto echar la casa por la ventana; por consiguiente, el almuerzo iba á ser opíparo, espléndido, suntuoso. Á los fondos municipales no suelen dolerles prendas en estas ocasiones; la fiesta era popular, y el pueblo la pagaba.

El primer plato que se puso sobre la mesa fué un cabrito, á la vez que la multitud vitoreaba desde la calle entre los bramidos de la música, el estruendo de las campanas y los silbidos de los cohetes.

